

En tiempos de memoria, olvido y silencio

(Informe de lectura)

Juan Diego Ramírez Zuluaga

Estudiante

Bibliotecología

Escuela Interamericana de Bibliotecología

E-mail: juan.ramirez79@udea.edu.co

Para abordar adecuadamente el texto Memoria, olvido y silencio del sociólogo austriaco Michael Pollak es menester identificar inicialmente algunos elementos cruciales que atraviesan el texto a la vez que lo fundamentan. En esta medida, son tres los aspectos clave a destacar: **La comprensión de la memoria como campo de tensiones y disputas, el concepto de memorias subterráneas y el proceso de encuadramiento de la memoria.** Estas son, a mi parecer, las principales ideas desarrolladas por el autor y serán claves a la hora de comprender el texto.

Y bien, *¿Qué nos dice Pollak en Memoria, olvido y silencio?*...

Imposible comenzar un texto con la intención de abordar el campo de la memoria sin referenciar a Maurice Halbwachs. Sus planteamientos sobre la memoria colectiva -más allá de estar de acuerdo o no con estos-, se han convertido en referentes obligados a la hora de hablar sobre este tema. Pollak realiza un rápido repaso a los marcos sociales de la memoria, aquellos puntos de referencia que estructuran nuestra memoria y la insertan en la memoria de la colectividad a la que pertenecemos (Halbwachs, citado en Pollak, 2006), configurando así una suerte de memoria colectiva construida y sostenida mediante las denominadas comunidades afectivas¹. Entre estos puntos de referencia se encuentran los conocidos lugares de la memoria² promovidos por Pierre Nora y que van desde monumentos, hasta celebraciones y paisajes.

Es a partir de este momento que Pollak da inicio al juego de oposiciones y contradicciones

¹ Las comunidades afectivas desde la perspectiva de Halbwachs son todos aquellos grupos o conformaciones sociales en las cuales nos desenvolvemos en nuestra vida cotidiana: el trabajo, la familia, la escuela, la universidad, los amigos.

² Todos aquellos lugares donde se cristaliza, se manifiesta y se refugia la memoria colectiva.

entre ideas, métodos y conceptos: la tradición metodológica durkheimiana que se centra en la institucionalidad de la memoria colectiva y su prolongación a través del tiempo ante la nueva perspectiva constructivista que reconoce las dificultades que implica la memoria colectiva y que hace énfasis no tanto en el hecho social en sí, sino más bien en la “constitución y formalización de las memorias (...) cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad.” (Pollak, 2006). En esta medida, otras voces serán recogidas y tenidas en cuenta más allá de la institucionalidad oficial, emergiendo así los relatos de los excluidos, los marginados y las minorías. En este contexto surge el concepto de memorias subterráneas, elemento clave en el discurso de Pollak, que entra en oposición con el de memorias colectivas y la memoria oficial. Esta reivindicación de los grupos dominados, las periferias y la marginalidad constituye en sí una apuesta por el reconocimiento de otras institucionalidades más allá de la oficial que son conformadas entre largos periodos silencio e inclusive culpabilidad en la dimensión de lo público pero que se difunden a través de la tradición oral, cobrando legitimidad con el paso del tiempo y desarrollando un discurso propio fortalecido entre sombras por años y años de reafirmación como aquellas verdades implícitas que nadie se atreve a nombrar pero que todos tienen consciencia de estas.

Esta suerte de introducción pone de manifiesto otro planteamiento central en el discurso de Pollak y que ha despertado un gran interés entre los investigadores contemporáneos del área: la memoria como campo de tensiones y lucha, como escenario de las disputas por los sentidos del pasado, o en palabras del autor, “los conflictos entre memorias en competencia (...) las batallas de la memoria” (Pollak, 2006). Porque la memoria está llena de tensiones, luchas y contradicciones; y esto se ha evidenciado durante las reflexiones realizadas sobre este tema en las sesiones del Seminario sobre Memoria de la EIB, en el que fue posible vislumbrar algunas de estas contradicciones como la tensión entre los preteritos presentes y los futuros presentes, el pasado mítico ante el pasado real, los pasados utilizables ante los datos descartables, las memorias imaginadas frente a las memorias vividas, la politización de la memoria en oposición a su mercantilización. Se transparenta el importante rol que desempeña la memoria como escenario de luchas y tensiones entre diversos intereses en busca de legitimidad, al comprender cómo la representación, el discurso y la práctica se generan mutuamente, configurando así la realidad social.³

³ Ver Araya Umaña (2002). Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. Flacso (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales).

Son innumerables los casos en los que la memoria se transforma en un campo de tensiones e intereses políticos con el fin de controlar el discurso para alterar la representación y así transformar la práctica. Ejemplos de reescritura de la historia y memorias en conflicto hay por doquier y Pollak trae a colación tres casos particulares que le permiten no sólo ejemplificar sus planteamientos anteriores, sino que además resultan propicios para el desarrollo del concepto de memorias subterráneas. Los casos del proceso de desestalinización en la antigua Unión Soviética, el de los deportados en el marco de los campos de concentración y el de los alsacianos reclutados a la fuerza en la Segunda Guerra Mundial, si bien aparentan ser en esencia diferentes, Pollak escudriña a profundidad develando los estrechos lazos que los unen.

Las memorias subterráneas emergen como oposición abanderada ante las memorias colectivas, nacionales y oficiales⁴, proclamando un lugar de dignidad y sobreviviendo a la opresión, el maltrato, la censura y la discriminación que frecuentemente se ejerce sobre sus actores. Esta memoria, como es posible apreciar en los tres casos, se reviste de una vitalidad asombrosa siendo transmitida en el campo de lo micro, a nivel local o familiar, entre las sombras durante años sin asomarse a la esfera de lo público, expectante. Vuelven aquellas comunidades afectivas de Halbwachs, transformadas en redes de sociabilidad afectiva y/o política veladas por el silencio y lo no-dicho, que en ocasiones no encuentra la necesidad -por decisión personal o política- de ser expresado o por el contrario se descubre una carencia de receptores dispuestos a escuchar el mensaje y destinatarios prestos a comprender. Advierte Pollak que “(...) Estos recuerdos prohibidos (el caso de los crímenes estalinistas), indecibles (el caso de los deportados) o vergonzosos (el de los reclutados a la fuerza), son celosamente guardados en estructuras de comunicación informales y pasan desapercibidos por la sociedad en general (Institucionalidades otras). Por consiguiente, hay en los recuerdos de unos y otros zonas de sombra, silencios, no-dichos” (Pollak, 2006).

Estas zonas de sombra, silencios, no-dichos, cuál memorias clandestinas, yacen subterráneas, a la expectativa, pero se distancian del olvido. Traumas tan severos como la guerra, los genocidios, el desplazamiento, el trabajo forzado o el olvido forzado dejan una profunda cicatriz en la piel y en las mentes que, si bien pareciera sanar con el tiempo, no se

⁴ Aquellas memorias elaboradas e impuestas desde el Estado o los organismos públicos para glorificar, mitificar y ocultar acontecimientos y mantener la identidad nacional.

borra ni se olvida. La necesidad de contar, del desahogo, de la justificación, de la explosión, permanece latente, viva en el recuerdo de sus actores, pero a la vez es consciente de su posición como minoría ante una sociedad mayoritaria que no se encuentra dispuesta aún a escuchar estas memorias marginadas y ser partícipes del dolor. El olvido se transforma en una postura política, una gestión de la memoria en espera del momento oportuno para emerger. Es allí -advirtió Pollak- que interviene, con todo el poder, el discurso interior, el compromiso de lo no-dicho, entre aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior” (Pollak, 2006).

Y es precisamente esta frontera invisible entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, la que marca una profunda división y contradicción entre dos memorias colectivas diferentes que entran en tensión, ávidas por cobrar legitimidad ante el escenario social, pero que se encuentran evidentemente en condiciones desiguales. Por un lado se encuentra la memoria colectiva social, la de la sociedad mayoritaria -en cantidad o calidad-, aquella que tiene a su respaldo toda la institucionalidad oficial y unos intereses políticos claros del control -y en ocasiones amaño- del discurso en busca de recrear e imponer una versión particular de la historia, en la cual generalmente no hay presencia de una polifonía de voces considerable, pero sí de muchos escuchas dispuestos a ignorar o renegar de un pasado invisibilizado y en ocasiones demasiado traumático para ser recordado. Y por el otro lado se encuentra una memoria colectiva subterránea, clandestina, taciturna y silenciosa transmitida informalmente, limitada de vías y recursos para su comunicación, muchas veces avergonzada, disimulada y oculta, no sin cierto repudio. Allí, en la tensión entre el silencio y el recuerdo, la palabra y el olvido, se plantea el principal desafío a largo plazo para las memorias subterráneas: “el de su transmisión intacta hasta el día en que puedan aprovechar una ocasión para invadir el espacio público y pasar de lo “no-dicho” a la contestación y la reivindicación” (Pollak, 2006).

Sin embargo, en la práctica resulta mucho más complejo este ejercicio. Superar el “montaje” ideológico que denuncia Pollak y constituir una nueva memoria nacional no es cosa fácil. La memoria, entendida como “esa operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar” (Pollak, 2006), se constituye bajo complejos procesos y con la participación activa de diversos actores. La memoria colectiva se torna indispensable al brindar cohesión social en los grupos y demarcar con claridad los límites imaginarios entre lo nuestro y lo de aquellos. Volvemos a Halbwachs -¡siempre se termina por volver a Halbwachs!- con sus marcos sociales de la memoria que

brindan puntos de referencia en común.

A todo este proceso Pollak prefiere, por encima de memoria colectiva, englobarlo bajo el concepto de encuadramiento de la memoria utilizado por Henri Rousso, es decir, encuadrar la memoria misma, ponerla bajo un marco, determinar sus límites y establecer su trasfondo. Advierte Pollak la especial importancia del ejercicio de fijar los límites y alcances de este proceso, una práctica arbitraria o demasiado impuesta puede tener repercusiones negativas, como lo fue en el caso de la desestalinización en la URSS y la resistencia que la sociedad civil opuso a la degeneración de la figura de Stalin. En este juego de las formas cobra absoluta relevancia el famoso principio gatopardista de hacer que todo cambie para asegurarse de que todo siga igual. La imposición arbitraria exacerba los ánimos de las memorias subterráneas, generalmente menospreciadas por las memorias dominantes e interpretadas como superficial olvido hasta el momento en que se vislumbra su renacer como una explosión incontenible y para muchos, indeseable.

Este proceso de encuadramiento de la memoria trabaja de la mano con todo aquel material provisto por la historia y respaldado en la institucionalidad mediante la imposición de lugares de la memoria que cumplen el papel de referentes comunes. Estos puntos de referencia van desde los nombres de las calles hasta la celebración de los días festivos y las conmemoraciones oficiales, donde siempre están en el centro del escenario aquellos a quienes interesa ser conmemorados y recordados. Nada es producto de casualidad en este campo de tensiones por el control del discurso y la historia; nada queda al azar cuando hablamos de memoria. En esta lógica y en consonancia con el contexto actual, los cines se han erigido como actores preponderantes en el proceso de encuadramiento de la memoria. En esta parte, Pollak destaca cómo los mass media han terminado por ser actores fundamentales para el respaldo de una memoria oficial institucionalizada a través de diversos objetos y lugares de memoria que paulatinamente configuran lo que será el discurso y la representación sobre cualquier fenómeno social, influyendo finalmente en la forma en que reaccionamos ante este, otorgándole así una connotación negativa o positiva el caso. Bien sabido es que todo país necesita de héroes, próceres y mártires para la conformación de su identidad nacional. Es justamente a través del proceso de encuadre de la memoria que estos personajes se instalan en el imaginario social, integrando todos estos elementos en un fondo cultural común.

En definitiva, la constitución de una memoria colectiva nacional a través del proceso de

encuadramiento de la memoria es vital, no sólo como elemento indispensable para la prolongación y el fortalecimiento del tejido social y de la institucionalidad oficial, sino como aspecto a tener en cuenta para la transformación del discurso nacional por medio del alzamiento de todas aquellas memorias subterráneas, en apariencia olvidadas, pero tan sólo dormidas y ansiosas por emerger. En esta medida, Pollak resalta como “el análisis del trabajo de encuadramiento, de sus agentes y sus rasgos materiales es una clave para estudiar, desde arriba hacia abajo, como las memorias son construidas, deconstruidas y reconstruidas” (Pollak, 2006).

A modo de conclusión, resulta importante destacar cómo el concepto de memorias subterráneas, clandestinas e inaudibles que propone Pollak trae consigo toda una concepción e ideologías detrás que presenta a la memoria como ese campo de disputas y tensiones por el discurso y los sentidos del pasado, que brinda la posibilidad de narrarnos a nosotros mismos. Además, lleva implícita toda una reivindicación de las institucionalidades otras, aquellas que se legitiman lejos de la esfera de lo público y lo oficial, entre el silencio y lo no-dicho. Como bien lo señala Pollak, “distinguir entre coyunturas favorables o desfavorables a las memorias marginadas es de entrada reconocer hasta qué punto el presente tiñe el pasado” (Pollak, 2006).

Los pretéritos presentes y los fantasmas y cicatrices del pasado cobran fuerza bajo esta concepción y la lucha por los sentidos del pasado en el escenario de las contradicciones y tensiones de la memoria adquiere otra dimensión, tornándose definitiva para el devenir de los hechos que han de configurar el presente y perfilar el destino de una sociedad. Rastrear, diagnosticar y develar estas memorias marginales, subterráneas y silenciosas permitirá identificar aquella perpetua interacción que destaca Pollak entre “lo vivido y lo aprendido, lo vivido y lo transmitido. Y esas constataciones se aplican a toda forma de memoria, individual y colectiva, familiar, nacional y de pequeños grupos”.

Referencias Bibliográficas

Halbwachs, M. (2004). Los marcos sociales de la memoria. Barcelona: Anthropos.

Nora, P. & Cuesta, J. (1998). La aventura de Les lieux de mémoire. Ayer (32), 17-34.

Pollak, M. (2006). Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite. La Plata: Ediciones Al Margen.